

LA LLEGADA

Por JOSE ESTEBAN

EN cuanto les vimos asemar, corrimos al pueblo a dar la noticia. Era una corta caravana que avanzaba sobre la carretera, precedida de una nube de polvo.

La historia se repetía todos los años. Los hombres se marchaban a la ciudad y volvían con tres o cuatro desconocidos. Estos venían con sus bártulos sobre la espalda, sudando y caminando al pie de las mulas que montaban los hombres del pueblo. Los jefes, como dicen ellos. Como todos los años, dormirían en mi pajar.

Mi padre ya me había avisado.

—Tú, ni acercarte.

Yo bajé la cabeza y salí al corral. Las gallinas escarbaban furiosamente sobre el estiércol. Al fondo estaba el pajar, oscuro, fresco. Empujé la puerta y avancé sintiendo el frescor y la blandura de la paja. Busqué el poyato donde ellos colocaban sus cosas. Allí volverían a estar este año. El pajar volvería a cobrar vida, como cuando llegaba septiembre y lo llenába-

mos de paja olorosa, que, poco a poco, perdía su color.

Mi padre se estaba preparando para salir. Mientras se ponía su traje de pana, seminuevo, voceaba:

—Recuerda todo. Luego tardaremos una temporada en volver.

Mi madre se afanaba sobre la lumbrera baja.

—Podrías traer una bacalada. Hemos de tenerlos varios días.

Mi padre iba a la ciudad dos o tres veces al mes. Volvía con las alforjas llenas, repletas. Solía ir los días de mercado. Yo le esperaba en la colina, desde la que se divisa la carretera hasta la venta del molino.

Me acerqué a la puerta del dormitorio. La entreabrí, sin atreverme a pasar.

—Tráeme algo, padre.

—No tendré tiempo. Hoy tenemos que traer a los segadores antes que otra cosa.

—Deja en paz a tu padre. Este chico siempre tiene que estar encima.

La voz de mi padre era dura cuando ordenaba algo.



—Anda, ve preparando la torda.

Corrí escaleras abajo, contento. Estaba esperando esto hacia un rato.

—Llévate cuidado. Esa mula no es de fiar. No sé por qué has de mandar al chico que la prepare.

Las voces de mi madre me llegaron casi en la puerta. Abrí y cerré de golpe. La calle estaba desierta y el sol comenzaba a picar, según expresión de mi padre.

Nosotros teníamos las mulas en la huerta, a la salida del pueblo. Al pasar sobre la casa hundida en la guerra, atajando, me llamaron desde una ventana.

—Chico, Juanito, ¿cómo va tu padre? Dile que el Luis ya está listo.

Miré hacia arriba. La señora Paca, la madre de Luis, asomaba la cabeza sin peinarse por la ventana de la cocina. Conocía la casa como si fuera mía. Ya está, dije, yo voy a por la torda.

—Dile que no tarde, si no se van a tragar todo el solazo.

Cerca de la huerta, oí cómo relinchaba el potrillo. Había nacido de la burra blanca, pero no se parecía nada. Era marrón y sólo tenía pelo blanco en las ancas. Mi padre decía que iba a ser un gran macho. Cogi la llave que escondíamos entre el hueco de dos piedras en la pared del huerto. La introduje en la cerradura y me colgué sobre ella para hacerla girar. La cerradura cedió y la puerta crujió, abriéndose lentamente. Me recibí el vaho oloroso del estiércol. Tanteé la pared, buscando la ventana y la entreabrí. La luz me permitió ver al potrillo, husmeando sobre el pesebre y molestando a la «Voluntaria», que era la mula vieja que mi padre trajo del frente. Pasé a su lado y la acaricié el lomo. Majo, dije. Luego me acerqué a la torda que me miraba dulcemente.

—Quieta, torda, quieta —dije fuerte para que me sintiera. La palmé repitiendo, «quieta, torda». Trepé luego al pesebre, poniendo un pie en un hueco de la pared y desaté el ramal de su co-

rrespondiente argolla. Sin soltarle, bajé de un salto y avancé hacia la puerta. Tiré del ramal. Vamos, dije. Cerré luego la puerta y empujé al potrillo que quería salir. Al poco rato estaba en la puerta de casa.

—Padre, ya la tengo. Baja.

Luis estaba cinchando su yegua. Me miraba sonriéndose.

—No pensarás venirte —dijo.

—Ya lo sé —dije, y miré hacia arriba—. Padre —vocé—, que Luis ya está.

La torda se rascaba sobre la pared y no dejaba de menear el rabo. Mi padre apareció en el umbral, mirando al cielo.

—Va a ser día de mosca; ya calienta. Cinché a la torda, hincándole antes la rodilla en la tripa para que expulsara el aire. Luego echó sobre ella las alforjas y me dijo, señalando al ramal:

—Sujeta, no vaya a revolcarse.

Mi padre desapareció en la casa y volvió con su sombrero grande, de paja. Trae, dijo. Más tarde miró a Luis. Cuando quieras, le dijo y echó a andar.

Mi madre miraba desde la ventana.

Los dos hombres andaban delante de las mulas y hablaban. Yo les seguía un poco más atrás y pegado a las casas, para evitar las pisadas de las mulas.

—Esto se está dando ya.

—Tenemos que traerlos hoy mismo.

—Dicen que este año escasean.

—Igual dicen todos los años, pero luego sobra gente.

—Lo que teníamos que hacer era tener una o dos custrillas fijas. Así les escribíamos y ya estaba.

—Eso tiene también sus cosas. Nosotros tuvimos hijos hace unos años, pero tuvimos que echarlos. Cada año venía gente nueva, aprendices, vamos. No se podía hacer nada con ellos. En cambio, con éstos te ajustas, y si no lo hacen bien los mandas con sus trastos a otra parte.

Pararon en la fuente de la plaza. Las mulas se acercaron al pilón. Mi padre



GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRA



apoyaba un pie sobre la pared lateral. Me acerqué hasta ellos.

—Padre, ¿cuándo montáis?

—Oye, con este chico no se puede. Anda, vuelve a casa y déjanos en paz.

—Deja al chico; si le gusta seguimos, que venga. Ya te lo podrías llevar a todos los sitios. Ya está hecho un hombre.

Montaron sobre las caballerías de un salto, y se dirigieron hacia el atajo. El atajo cortaba a la carretera directamente y cruzaba el río por un puente de tierra que estaba en mal estado. En el pueblo se hablaba de hacer cendera y arregiarlo, pero lo habían dejado para el próximo octubre, cuando la cosecha estuviera segura.

Les perdí de vista en el recodo de la iglesia. Entonces subí a la colina desde la que se divisaba la carretera, esperando verles dejar el atajo y si paraban en la venta del molino.

Como tenía que esperar un buen rato, me entretuve tirando piedras a los vencesos, que enfilaban jugando hacia la torre de la iglesia. Me esforzaba en llegar lo más alto posible, pero no conseguí ni rozarlos. Una piedra se me fue al cementerio. Me quedé algo pensativo; nos habían dicho que teníamos que respetar a los muertos.

Miré la carretera y los campos que se extendían grises. La próxima añada tocaría sembrar esta parte que ahora estaba en barbecho. Hacia la ciudad, levantando polvo, se encaminaba el coche de Cobeia.

Al sentarme vi cómo las mulas llegaban a la carretera. Mi padre iba delante. Decía que la torca andaba mucho y que por eso la llevaba. Caminaban por la derecha, buscando la sombra y evitando pisar el asfalto. Vi cómo desmontaban en la venta y ataban las mulas en la ventana con rejas. Me imaginé la conversación:

—Qué, ¿echamos un trago?

—Más jóvenes no vamos a hacerlo, diría mi padre, encaminándose hacia la

rotonda de chopos que guardaban la venta.

Volví hacia el pueblo lentamente. Por la parte sur soplaban viento. Los hombres trabajaban ahora en preparar las eras y los arcos para traer el trigo.

Cerca de la iglesia encontré a Perico, el chico que ayudaba a misa todas las mañanas. Corrí a su encuentro.

—Sabes, esta tarde vienen los segadores. ¿Vendrás a esperarlos?

—Claro, ya lo creo. ¿Cuántos vienen?

—No sé. Unos ocho o diez, como todos los años.

—Avisa a todos.

Por la plaza se oía la moto del cura.

Dos mujeres hablaban en la fuente.

—Cada año son más exigentes. Dicen que éste devuelven las comidas cuando no les parecen bien.

—No sé dónde vamos a llegar. Antes, por lo que les dieras...

El resto del día lo pasé buscando a los chicos. Teníamos decidido esperarlos y venir con ellos desde el atajo.

En casa, mi madre se afanaba preparando una larga mesa en el portal.

—¿Dónde cenar hoy, madre?

—Aquí, a nosotros siempre nos toca la china.

—Y mañana ya empiezan a segar, ¿verdad?

Mi madre iba y venía preparando las cosas. La seguí a la bodega.

—Madre, vamos a ir a esperarlos. Aguardé su voz en la oscuridad.

—Vendremos con ellos desde el atajo. Por eso, en cuanto les vimos asomar, corrimos al pueblo a dar la noticia.

—Ya están aquí.

—Ya vienen.

—Vienen muchos.

Era una corta caravana que avanzaba lentamente sobre la carretera, seguida de una nube de polvo.

(Ilustraciones de F. ALVAREZ)

GRAN CONCURSO "TRIUNFO" DE NARRACIONES 18.ª relación de originales

EL INVENTOR

de
Cristóbal de Meriano
QUINCE MOSQUETONES

de
Miguel López Martín
CAPRICHIO

de
Francisco Marqués Bartolomé
PAJAROS SIN ALAS

de
Ursula Barberá Almorós
DOS CAMINOS PARA UN CORAZON

de
Pedro Ramón Fernández
LOS CHRISTMAS

de
Fernando Guardamar
EL DESPERTADOR

de
Rufino Rodríguez Molpeceres
LA NARIZ

de
Fernando Guardamar
DEMASIADO DEPRIMENTE

Y
CUERVOS A MEDIODIA

de
E. de Montcaya
LA COCHERA

de
Jaime de Valencia
EL PELELE

de
Emilio López Vázquez
AUSENCIA INCOGNITA

Y
LA QUE HUYO DE SI MISMA

de
José María Burtá
DESERCIÓN 63

de
José Ramón Saiz Viadero
YA ME PARECIA A MI

de
José Luis López Fernández
VENGANZA

de
Olga Mestras Montseny
INGENUIDAD

de
J. Vicente Montaner Martínez
UN GRAN AMOR

de
Juan de León
EL LAUREL DE LA VICTORIA

de
Roberto Molina Borrás
LA TRISTEZA Y EL EXTASIS

de
Ramón Tafalla Buera
IMAGINARIA

de
Juan Francisco Alvarez Macías
HISTORIA DE UNA RESURRECCION

de
Enrique Sopena Daganzo
LAS HORMIGAS

de
Rafael Vela Apolo
EL MONTE QUE TENIA UN RIO

de
Francisco Javier Ortiz de Zárate
EL SUCESO

de
Fernando Zamora
A GOLPE DE CLARIN

de
Julián Castedo Moya
UNA HORA MAS

Y
TORTURANTE OBSESION

de
Armendo Ruiz Lorda

UN GRAN DIA

Y
MI PRIMERA CAMPANADA

de
José María Montes Martínez
GEMINIS

de
E. Mena
UNA NOCHE

de
Antonio Pérez Mas
EL PUGIL

de
J. S.
LA VIDA

de
José Vicente Montaner Martínez
LA VERTEBRA

de
Bernardo Vázquez Gil
TRES PEDAZOS DE VIDA

de
Antonio López Aroca
TASKA

de
Manuel Delgado Guzmán
¿POR QUE NO?

Y
TODOS NOS ARREPENTIMOS

de
María Isabel Fernández Liles
UN CONCIERTO, UNA VIDA

de
Claudia Gallego Doñate
MEMORIAS DE UN ESCÉPTICO

de
Joak Bresmar
EL RETRATO

de
José Antonio Ruiz Castilla
EL GUATEQUE

de
J. Sala
EL TRIUNFO

de
Cristóbal Dameriano
LAS DOS ESCALADAS

de
José María Segone e Ibáñez
MURECAS

de
José María Segone Ibáñez
LAS ALDABAS DEL MISTERIO

de
Carmen Barberá
UN HOMBRE

de
Dolores de la Cámara Murias
EL TIRACHINAS

de
Rosa Rauch Mateu
LOS PELDAÑOS

de
María Isabel Osuna Gil
DIARIO DE UN PECADOR

de
Joak Bresmar
VIDA Y MUERTE DE NADIE

de
J. Van-Halen
ESTA JOVEN JUVENTUD

de
Begoña Aguirre Expósito
EL PARAISO PERDIDO

de
Rosario Márquez Patiño
RECUERDOS DE UN SONADOR

de
A. María del Carmen López Morán
EL SACRILEGO

de
R. R. de Calleja